

placentero de las gentes, por sus parques y por su Prado sobre todo, es la ciudad de España que menos impresión me hizo. Y es que como ciudad antigua tiene ya pocas cosas, a fuerza de derribos y modernización, que la hagan interesante por ese lado, y como ciudad moderna resulta algo provincial comparada a Nueva York, Londres, París, y otras grandes capitales. Claro, para decir esto me pongo desde el punto de vista del viajero que va de paso sin disponer de mucho tiempo para buscar los rincones pintorescos, y hacerle ambiente a la Villa y Corte dentro de sí mismo. Demás está decir que si uno fuera a vivir allá, de sus rentas, a hacer amigos y a familiarizarse con sus costumbres, tan indulgentes como graciosas, Madrid no tiene par en el mundo.

Santiago de Compostela, la vetusta Jerusalem gallega, fué de las últimas cosas que vimos y de las primeras que acuden a nuestra memoria; la única ciudad verdaderamente monumental de España, nos dijo don Ramón del Valle Inclán, el día que estuvimos a verlo y a darle la carta que usted bondadosamente me mandó para él. A propósito, ¡pobre Don Ramón! Estaba en cama convaleciente de una operación muy dolorosa, pero siempre pulcro, decididor, galante, con sus grandes barbas fluviales, con su mano pecadora de príncipe o de prelado del Renacimiento. Hizo muy cariñosos recuerdos de usted que me encargó trasmitírselos con saludos de la gentil doña Josefina.

De Santiago voy a escribir mis impresiones cuando tenga tiempo, si es que me decido a profanar con la pluma las que me dejaron aquellas rúas pavimentadas de grandes lajas resonantes, aquellos conventos enormes, el Hospital Real, el Palacio de Fonseca, el Paseo de la Herradura y el Pórtico de la Gloria, de cuyo sonriente Daniel ha dicho el Profesor Kingsley Porter de Harvard que es la suprema flor de la escultura de la Edad Media. Mr. Porter, según el señor Carro, quien tuvo la bondad de guiarnos en nuestra visita a la Catedral Compostelana y es además de beneficiado o canónigo, arqueólogo de nota, es el hombre que la conoce mejor. Por muchos años consecutivos fué allá a estudiar estas cosas y sus libros sobre el Camino de Santiago y sobre la Arquitectura Románica en España son obras de gran erudición escritas en un estilo imaginativo y delicado y que tienen sólo un inconveniente, y es el de que cuestan demasiado dinero para los que no somos ricos. Mientras nosotros estábamos en España apareció la versión española de *La Arquitectura Románica* cuyas pruebas tuve yo el placer de examinar una vez por encargo de Mr. Porter, a quien conozco desde el tiempo en que iba a dar lecciones de español a su señora. Aunque gente de tono y de dinero, o tal vez por esto mismo, son personas sencillas y amables, y nosotros guardamos de la hospitalidad de Elmwood, la bellísima casa colonial que poseen en Cambridge, los más gratos recuerdos. Aquello es un verdadero museo donde lucen al lado de tablas de primitivos italianos cosas de España, arcaes antiguas, santos de piedra

provenientes de la Abadía de Sahagún, sillas de coro y sillones fraileros de quien sabe qué vieja sacristía de la madre patria que el dueño primitivo de la casa, James Russell Lowell, de fama literaria y diplomática, trajo de allá de cuando era ministro americano en Madrid.

Los Porter han transferido desde hace algún tiempo sus afectos a Irlanda. Parece que hasta han comprado un castillo donde nació San Colombán o no sé qué santo irlandés. Después de Galicia, Erin, y con razón, que ambas vienen del viejo tronco celta y se parecen en lo místicas, en lo rudo de sus costumbres y en el vigor de sus gentes. Antes estuvieron enamorados de Italia. Será curioso ver cuánto les dura la fiebre de Irlanda.

De Santiago hicimos una excursión a la Coruña, otra al Padrón, otra al Pazo de Oca y nos regresamos a Vigo para tomar el vapor que había de traernos a Nueva York.

Mario Sancho

(Cortesía del Sr. Fernández Guardia.)

## Persiflage

### La guerra literaria

=Colaboración directa=

Para Salomón de la Selva,  
poeta verdadero y crítico generoso.

Con las vacaciones ha llegado el ocio, grato a quien, obligado a mantener en las aulas y los claustros de la Escuela la ficticia seriedad que se le exige al dómine, quiere por fin reír; reír de contemplar la vida humana; no con tu risa impúdica, Gelasma, ni con la tuya, entre lágrimas, oh Cervantes adolorido, sino más bien con aquella que llevó ranas al teatro y las hizo cantar.

¡Brequequequex co-ax, co-ax!

De *Las Ranas* me estoy acordando con esta guerra literaria cuyo ruido ha llegado hasta mis oídos atormentados nueve meses por conjugaciones de verbos irregulares. —Diga, joven, el prepostdinosaurio del verbo *huir*. — ¡Muy bien! Ahora veamos el pterodáctilo antefutúrico de *escabuir*. — ¡Excelente! ¡Magnífico! La lección para mañana es de la página setentisauria hasta la setentivertebrada de los adjetivos terminados en *k*. — ¡Pero mentira!; para mañana no hay lección. ¡Qué dicha! Cantemos.

¡Brequequequex, co-ax co-ax!

¡Brequequequex, decíamos, la guerra literaria! La guerra. La risa se nos vuelve sollozo. ¡Co-ax, co-ax! Guerra ninguna ha dado fruto bueno. Esa verdad, tamaño de nuestros bellos volcanes unos sobre otros, no habría chiquillo que no la comprendiese si quienes enseñamos historia supiésemos historia, primero, y tuviésemos, además, valor intelectual para enseñarla. Al Licenciado don Rafael Estrada le sobra razón. Los que hacemos que enseñamos historia, ni sabemos de la historia la media ni tenemos valor para decir sus verdades. ¡Pero no importa, oh ranas, cantemos!

¡Brequequequex, brequequequex, co-ax!  
Guerra ninguna ha dado fruto bueno.

Aquí tiene usted, mi querido don Ricardo, en visión kaleidoscópica, nuestro viaje a España, a esa hermosa y amada tierra en que como usted me decía muy bien «la hospitalidad no es palabra vana» sino cosa real, cálida y alegre como el sol, el sol español del cual, si es cierto que no se puede decir ahora aquello que dijo el César Carlos V en la hora meridiana de su poderío, sí podemos asegurar que, aun *puesto* en este lado del océano sigue alumbrándonos y calentándonos el alma a los hijos de las naciones que deben vida, lengua y civilización al valor de sus descubridores y colonizadores. Perdóneme usted la frase que más parece de orador oficial en una fiesta del Quince de Setiembre, en gracia al entusiasmo sincero que no retórico, al fervor de la simpatía que usted y yo sentimos por España, y créame siempre muy amigo y admirador suyo,

Y las menos fructuosas son las guerras literarias. Historia de una de esas guerras es admirable comedia de Aristófanes por la que Goethe, admirador de Eurípides, lo odiaba. «¡Ese bufón, ese bufón Aristófanes!» tronaba el Zeus germánico desde su Olimpo de Weimar. ¡Pero que todas las guerras literarias hubieran tenido la gracia que ritmó el cómico ateniense!

Las que mejor conocemos, maldita la gracia que han tenido. Aquella, por ejemplo, que se le hizo a Garcilaso, a quien antes que la material, que le quitó la vida, le habían arrojado piedras metafóricas sin cuento los zafios que se creyeron defensores de la manera única de hacer versos en castellano. O aquella de ayer no más, llena de saña estúpida en el ataque, y de brío flojo en la defensa, de que fueron objeto los *decadentes*. Recordad las imbéciles cosas que hizo Baudelaire *pour épater les bourgeois*, y las críticas, más imbéciles aún, del feo judío alemán Max Nordau (a quien hay po-bretones pedantes por ahí que se empeñan en hacer francés y en llamarlo Max Nordó). En América, la renovación de Darío fue motivo de imbecilidades aún mayores. No hay por qué hacer recuerdo ni recuento de ellas.

Hoy se vuelve al mismo pasatiempo amargo e inútil. En redor de baratas banderas de chillantes colores, sobre cuyos lienzos se leen extraños motes, agrúpanse unos que protestan demasiado su juventud, formando falanges que nunca se acaban de formar. Pretenden tomar por asalto el «baluarte de las divinas Piérides» donde las tienen en ignominioso cautiverio los absolutistas del «clasicismo.» Suenan cuernos de buey muerto estos paladines defensores, y amarran,